

RIMA LXXI

No dormía: vagaba en ese limbo  
en que cambian de forma los objetos,  
misteriosos espacios que separan  
la vigilia del sueño.

Las ideas que en ronda silenciosa  
daban vueltas en torno a mi cerebro,  
poco a poco en su danza se movían  
con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos  
los párpados velaban el reflejo;  
mas otra luz el mundo de visiones  
alumbraba por dentro.

En este punto resonó en mi oído  
un rumor semejante al que en el templo  
vaga confuso al terminar los fieles  
con un Amén sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste  
que por mi nombre me llamó a lo lejos,  
¡y sentí olor de cirios apagados,  
de humedad y de incienso!

Entró la noche y del olvido en brazos  
caí cual piedra en su profundo seno.  
Dormí y al despertar exclamé: —¡Alguno  
que yo quería ha muerto!